



*Con razón la piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un profundo vínculo entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía... **María guía a los fieles a la Eucaristía**" (RM.44). **María nos atrae irresistiblemente hacia la Eucaristía, Sacrificio incruento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, formados al calor de su Corazón por obra del Espíritu Santo. Nos atrae a la Eucaristía, comunión en Cristo, porque **Cristo está privilegiadamente en Ella y Ella en Cristo.** Nos atrae a la Eucaristía-tabernáculo porque Ella es Custodia viviente excepcionalmente enriquecida por la gracia redentora, y la mejor adoradora de la Presencia Real de Cristo.***

Para esta meditación, seguiremos las bellas reflexiones de San Juan Pablo II, fundamentalmente en su encíclica sobre la Eucaristía, especialmente en el capítulo IV en el que habla de María como la Mujer Eucarística.



1. María es la "Mujer eucarística" por excelencia

La dimensión eucarística de la vida de la Santísima Virgen es esencial en Ella. No se reduce a una faceta de su vida o a una acción concreta, sino a la esencia misma de su alma, al núcleo de su profunda espiritualidad. «La relación de María con la Eucaristía se puede delinear indirectamente a partir de **su actitud interior**. María es **mujer "eucarística" con toda su vida**»; Ella «encarnó con toda su existencia la *lógica* de la Eucaristía», de manera que su espiritualidad es netamente eucarística.

San Juan Pablo II saca la consecuencia: nadie como Ella «puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él». **María nos lleva a Cristo**, nos atrae irresistiblemente a la Eucaristía.

2. María Mujer de fe ardiente en la eucarística

En la Eucaristía «está el tesoro de la Iglesia, el corazón del mundo, la prenda del fin al que todo hombre, aunque sea inconscientemente, aspira. Misterio grande, que ciertamente nos supera y pone a dura prueba la capacidad de nuestra mente de ir más allá de las apariencias».

Es misterio de fe por excelencia. Pero «el hombre está siempre tentado a reducir a su propia medida la Eucaristía, mientras que en realidad es él quien debe abrirse a las dimensiones del Misterio». En el momento de la celebración de la Eucaristía la fe es puesta a prueba, pues como dice Santo Tomás de Aquino: «*visus, gustus, tactus fallitur, sed auditu solo tuto creditur* (la vista, el gusto y el tacto se engañan, solamente el oído cree todo)». Por eso, nadie como María puede educarnos en esta virtud para reconocer, más allá de las apariencias sensibles, a Cristo Vivo.

Y es que **María ha vivido de manera admirable y ejemplar su "fe eucarística"**. Nos dice el Papa: «En cierto sentido, María ha practicado su fe eucarística antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios». Y ello sencillamente porque la Virgen «concebó en la Anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su Cuerpo y su Sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente cuando recibe, en las especies del pan y del vino, el Cuerpo y la Sangre del Señor».

3. Jesús es Carne de María

Del misterio de la concepción virginal se deduce que *el Pan eucarístico que recibimos es el verdadero Cuerpo nacido de María Virgen. Jesús es «carne y sangre de María»*. María, la Madre de Dios, Madre y Virgen por obra del Espíritu Santo, es portadora de la Presencia Real del Cuerpo, de la Sangre, del Alma y de la Divinidad de N. S. Jesucristo.

Como el Verbo asumió la carne virginal de María al encarnarse en Ella, la Eucaristía no puede sino tener el aroma de María. **Ella es el mejor Sagrario viviente:** «*Ese Cuerpo y esa Sangre divinos, que después de la consagración están presentes en el altar... conservan su matriz originaria de María... En la raíz de la Eucaristía está, pues, la vida virginal y materna de María... Y si el Cuerpo que nosotros comemos y la Sangre que bebemos son el don inestimable del Señor Resucitado para nosotros viadores, lleva también consigo, como Pan fragante, el sabor y el perfume de la Virgen Madre*»

Existe, además, una semejanza profunda entre el *hágase* de María y el *amén* que cada fiel pronuncia antes de recibir el Cuerpo de Cristo. A María le pidió el ángel creer que Aquel que nacería de su seno era el Hijo de Dios y a nosotros se nos pide de manera análoga creer que es el mismo Señor Jesús quien está presente de forma verdadera, real y substancial bajo la apariencia del pan.

4. María vive la dimensión sacrificial de la Eucaristía

La Virgen-Madre permaneció al pie de la Cruz. Fue testigo excepcional del sacrificio de Cristo, contenido del Sacrificio incruento de la Santa Misa. Por eso nos conduce a la Eucaristía porque está asociada al sacrificio redentor con su Corazón traspasado por la espada de dolor, y testifica el cumplimiento del amor que Cristo nos tiene "hasta el extremo". María -afirma S. Juan Pablo II- es "*testigo particularmente sensible de ese amor que encuentra su expresión sacramental precisamente en la Eucaristía*".

Pero la Virgen no solo hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía en el Calvario. Lo hizo en toda su vida: Cuando llevó al niño Jesús al templo de Jerusalén «para presentarle al Señor» (Lc 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería «señal de contradicción» y también que una «espada» traspasaría su propia alma (cf. Lc 2, 34.35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el «*stabat Mater*» de la Virgen al pie de la Cruz. Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de «Eucaristía anticipada» se podría decir, **una «comunidad espiritual» de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión** y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como «memorial» de la pasión.

5. María, modelo excelso de veneración y adoración eucarística

María nos enseña a comulgar bien, a adorar al Señor con amor ardiente.

La presencia de la Madre «*no pudo faltar ciertamente en las celebraciones eucarísticas de los fieles de la primera generación cristiana, asiduos "en la fracción del pan"*». Podemos imaginar cómo serían sus comuniones. Pero, más allá de la participación de María en las primeras misas, ya hemos dicho que la relación de María con la Eucaristía afecta a toda su actitud interior: **María es mujer "eucarística" con toda su vida**. En Belén, por ejemplo, la mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?

¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles, las palabras de la Última Cena: «*Éste es mi Cuerpo que es entregado por vosotros*» (Lc 22, 19)? Aquel Cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¿era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz.

6. La solicitud de María

María nos conduce a la Eucaristía en la Iglesia. "*La Virgen Santísima por el don y la prerrogativa de la maternidad divina, que la une con el Hijo Redentor, y por sus gracias y dones singulares, está íntimamente unida con la Iglesia*"(LG. 63). Pero la Iglesia vive y se alimenta de la Eucaristía, y la Virgen Madre nos orienta hacia la Eucaristía, nuestra vida y alimento. **Si queremos vivir en el corazón de la Iglesia, hemos de vivir centrados en la Eucaristía. Y es María la que nos ayuda y da ejemplo en esto**. Dice en este sentido S. Juan Pablo II: «*la Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio*», pues nadie como Ella puede educarnos en la fe que requiere reconocer, más allá de las apariencias sensibles, a Cristo Vivo.

Este desvelo maternal lo vemos muy evidente en su vida. Su intervención en Caná de Galilea, por ejemplo, es signo de su **delicada solicitud** para que no nos falte la celebración de la Santa Misa, para que nos podamos alimentar del Cuerpo y de la Sangre de su Hijo y para que se prolongue la Presencia real de Cristo en el Sagrario.

Lo mismo que Dios para hacerse hombre quiso contar con la Virgen María, quiso contar con su Madre para ofrecernos el don de la Eucaristía. Ella, como Madre solícita nos atrae irresistiblemente hacia la Eucaristía Sacrificio, Comuni3n y Tabernáculo. Ella nos pide que vivamos centrados en la Eucaristía porque la mejor manera de penetrar los sentimientos del Corazón de Cristo en la Eucaristía, es vivir en comuni3n con los sentimientos del Corazón de María.

7. Jesús nos da a María en cada Eucaristía

«*María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas*». Porque en cada Misa se actualizan todos los misterios que tuvieron lugar en el Calvario, incluida la entrega de la Madre: «*Haced esto en recuerdo mío*» (Lc 22, 19). En el «memorial» del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasi3n y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro. En efecto, le confi3a al discípulo predilecto y, en él, le entrega a cada uno de nosotros: «*¡He aquí a tu hijo!*». Igualmente dice también a todos nosotros: «*¡He aquí a tu madre!*» (cf. Jn 19, 26.27).

Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan– a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, **el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella**. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, **el recuerdo de María en la celebración eucarística es unánime**, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente (San Juan Pablo II, Ecclesia de Eucharistia, cap. IV)

GRACIAS MARÍA POR SER EUCARISTÍA

Mujer construida sobre la gracia, maestra en el arte de mirar a Jesús. Decir tu nombre, María, es decir Eucaristía. Te asomas al misterio del amor abriendo de par en par tu Corazón a la Palabra. Nos invitas a hacer lo que Él nos diga. Tu seno virginal, abierto para acoger la encarnación de Dios, se hace altar de ofrenda, mesa para todos.

¡Dichosa tú que has creído! Tu fiat abre las puertas al Misterio. Preparas nuestro amén al recibirlo. Tu Magnificat es una Eucaristía. Rezuma gozo, desvela una Presencia. Es respuesta agradecida a tanta gracia. Cuando cantas a Dios llevas muy dentro a Jesús, hecho amigo, compañero de todos los pobres de la tierra. Tu pobreza, mirada, es fuente de alegría. El pan y el vino: sencillos signos de amor son germen de vida nueva para todos. Un mundo al revés anuncia toda Eucaristía: los poderosos, derribados de los tronos, los humildes, colocados en la altura.

Llevas en las entrañas a tu Hijo, así visitas a las gentes, de camino. Con Isabel lo adoramos en el gozo. Tu regazo es cuna donde lo colocas, Eucaristía siempre abierta para que lo adoremos asombrados. Miras y miras a tu Hijo, embelesada. ¡Cómo te brota la ternura al abrazarlo! Eres modelo de amor a Jesús, para la Iglesia. Sus ojos se encuentran con los tuyos. No es despilfarro ese «mira que te mira» que nos sugieres hacia Jesús Eucaristía.

Al igual que en la Cena de tu Hijo, en tu Corazón todo se anticipa: su muerte en cruz, la alegría de la Pascua. Cuidas la vida con todas las mujeres, signo de ternura en medio de las gentes, lavatorio de pies ininterrumpido. Jesús es don, Eucaristía permanente. Todo nos lo da como un derroche. En la Cruz nos regala tu presencia. En todo apuro nos muestras a Jesús, la Cena que recrea y enamora, la Fonte que mana y corre aún en la noche.



Comienza la Iglesia su andadura, y allí, en medio, estás Tú de animadora, haciendo la eucaristía de Jesús. Cielos nuevos, tierra nueva, anticipa cada día tu esperanza, anticipa cada Eucaristía. Muchos granos de trigo hacen el pan, muchos hombres y mujeres de la tierra se hermanan en tu casa, son familia.

Gracias, María, por ser Eucaristía, por ser reflejo de Jesús Eucaristía, por ayudarnos a ser Eucaristía. Gloria al Padre, dador de tanto amor. Gloria al Hijo, dador de tanta gracia. Gloria al Espíritu, dador de comunión. Gloria a la Trinidad, por ser Eucaristía. (Cipecar.org)